



SOLDADO ARGENTINO,  
GENERAL EN RUSIA

Al señor ministro de la Guerra coronel D. Pablo Richieri.

La tradición de un soldado argentino que llegó á lucir sobre su peto militar los entorchados de general en el ejército ruso es tan singular en sus dramáticas peripecias, que no faltará quien le suponga personaje imaginario. Largo galope dió su caballo de guerra, que, salido de las verdes pampas, después de cruzar como relámpago precursor de tempestad y muerte cuan vasta es la América, Europa y el Asia, fué á sofrenar más allá de las heladas etapas del opuesto polo, donde al frente de sus cosacos acuchillara mogoles, como había estrenado su lanza vencedora arrollando las indiadas del Sur en la terrible carga de la caballería argentina, la primera del mundo, según nuestros invasores ingleses (1807).

Los coroneles Mitre, Lezica, Morales, le tuvieron por camarada entre los bravos de la nueva Troya. En Caa-guazú, Corrientes, acompañó al ilustre general Paz. Treinta años después, alejado de la playa natal, escribía desde Moscou á la madre bien amada, señora Rafaela Lozada y Reyes de Villanueva, quien le sobrevivió en ésta, y hasta 1875 el *Almanaque Gotha* inscribía su nombre en el escalafón del ejército moscovita. Hubo *rusificado* su apellido desde que se nacionalizara súbdito del poderoso imperio, sin duda para hacer olvidar su origen extranjero, cuando generalizaron desconfianzas al inaugurar los nihilistas el nuevo método de barrer

con dinamita todo obstáculo en su camino de destrucción, así fuera un puente ó el czar que le cruzara, y acaso por ello llegó á dudarse si el Villanueva argentino era el mismísimo Villanokoff en Rusia.

Pero en la República Oriental como en Méjico, en España como en Rusia, frescas encontramos las huellas de su paso de vencedor, aún no desvanecida la imagen de tan bizarro militar. Por lo demás, como él, no son únicamente D. Bernabé de la Barra y Edelmiro Mayer los soldados de nuestro ejército que dejaron bien puesto el nombre argentino en todas partes. En esa misma larga campaña de Crimea, el hábil cirujano doctor Ortiz Vélez fué condecorado (1854) por el mariscal francés sobre el campo de batalla, mereciendo así cruces y medias lunas en esa vasta etapa de sangre donde, sin distinción de bandera, amplio campo de caridad era para el médico argentino cerrando las heridas que encontrara á su paso, así procedieran de balas rusas, turcas, francesas, inglesas ó italianas. No es, pues, éste personaje de nuestra invención para vanagloria del nombre argentino, que no necesita de tales artificios, ni héroes de contrabando. Recogiendo ejemplos dignos de conmemorar á cada paso dentro y fuera de la patria, sería ineficaz ocurrir á otros que á estos personajes de carne y hueso que entrañan más inmediato aleccionamiento. Grato nos fué siempre que escritores tan verídicos como el jurisconsulto Dr. Estévez Sagui y el erudito historiador Carranza hayan podido repetir en artículos críticos: «Yo alcancé á *El hombre que voló*; conocí la heroína en *Amor de rodillas*, como al hijo de *Un príncipe inglés, alcalde en la Colonia* (República Uruguaya).»

Cómo, dónde y cuándo D. Benigno el de la esquina, vecino de la parroquia de San Nicolás en esta ciudad, llegó á ser teniente general Villanokoff, se impondrá el que lea esta tradición, tan verídica como cuantas salieron de nuestra pluma.

I

El año que el soldado argentino que más joven llegara al más alto grado militar (general Alvear, 1815) era Director de las Provincias Unidas, vino á la vida en su capital otro intrépido soldado cuya audacia y pericia, ayudado por su buena fortuna, le llevaran á encumbrados puestos en las más lejanas comarcas de la patria.

Desde muy temprano empezó Villanueva á sacar la hilacha, dejando ver puntita de su índole aventurera y traviesa en diversos lances de tono, durante la azarosa juventud de brillantes calaveras que le rodeaban.

De genio precoz y travieso, era una viveza de imaginación siempre en



acecho para superar las dificultades de todo aquello á que se dedicaba; únicamente que á poco ó nada se dedicaba en sus primeros pasos, como muchos de la dorada juventud que le sucediera.

Desertó de los estudios primero, de la carrera de comercio á que le dedicaban sus padres, y del hogar en seguida, como desertó después de alguna otra parte.

Su honrado padre, antiguo vecino de Mendoza, D. Miguel de Villanueva, licenciado, habíase distinguido en la reconquista de Buenos Aires (1807), enviado al efecto con el contingente de Cuyo, arrebatando una bandera inglesa; y aunque casado en esta capital, siguió los estandartes del regimiento Granaderos á caballo, trasmontando los Andes. Cuando regresó del Perú, teniente coronel, desencantado como tantos otros oficiales de mérito, oponíase á que ninguno de sus hijos continuara la carrera en que él se había distinguido, pues los horizontes de la patria empezaban á entenebrecerse y aun las glorias nacionales se desvanecían. En adelante, todo soldado que no ofreciera su espada á la contienda fratricida, anulado quedaría por la ambición del caudillaje.

Pero el joven Benigno, indolente y sin voluntad pronunciada, persistía solo en este punto:

—Puesto que mis dos abuelos se han distinguido en la carrera de las armas—decíase,—quiero seguir su huella luminosa.

La era de lucha sin tregua en que se creaba, y el ejemplo de deudos y amigos con quienes rolaba, impresionábanle demasiado para resistir la atracción de soñadas victorias y seguir consejos paternos en edad en que no son éstos los que más se oyen.

Una imprevista circunstancia llegó á facilitar los planes que su imaginación vivaz le sugiriera en la temprana edad de las verdes esperanzas de la vida.

Jugando al billar cierta noche, en el antiguo Café de Catalanes, con el hijo del jefe de policía, atravesósele otro irascible joven tan exaltado como el protagonista. Se ha observado que nadie es más quisquilloso é incapaz de soportar bromas y chanzas de más ó menos mal tono como el jaranero de profesión, que tiene por costumbre darlas á troche y moche. Y como entre casquivanos una palabra saca otra, y el último equívoco hiriente es contestado por el primer bofetón, sucedió que de uno á otro agravio, con tacos en la mano, acabaron á tazazos, no siendo ninguno de los dos manco.

—Empuñe, si es hombre—gritó Villanueva.

Y saliendo del café, al dejar mal parados espejos y reverberos, concertaron duelo á sable, *con punta* (no á espada mocha, como hogaño), tenien-

do inmediato efecto, no en periódicos ó restaurant, sino frente á la Virgencita, tras el paredón de la Merced, cuya luz del farolito colgando reflejó en sangre.

La cuestión había empezado por un habano, y degenerando de disputa en riña y en si debiera llamarse Juan, por lo lanas, el uno, ó Alfonso, por lo complaciente, el otro, tenaces y testarudos ambos, como de la misma ralea, tiraron de sus espadas, y entre quites, pases y paradas, á la primera á fondo vió caer sin vida á su amigo, una hora antes compañero de escuela, *muerto por un habano*, confesando después Villanueva, como frecuentemente en causas tales, no haber habido razón para duelo.

El joven Benigno corrió á alzar su víctima; pero la policía, que en persecución de duelos tenía la costumbre de llegar tarde, por excepción corrió con más prontitud tras el duelista, siendo el vencedor de su amigo destinado á las armas, que tan bien, aunque tan injustamente, empezara á manejar.

## II

Aunque destinado á las tropas por castigo, bien pronto su valor supo abrirse camino en una carrera para la que por entonces sólo necesitábase saber..... no saber nada.

Su constancia en las más rudas tareas de soldado raso hicieronle ascender de cabo á sargento, de porta á subteniente, y en la parada del 25 de mayo de 1839, D. Benigno Villanueva lucía en la plaza de la Victoria vistoso uniforme de teniente primero de caballería, á la cabeza del segundo escuadrón de la Escolta del Gobierno.

Por entonces el gallardo cuanto infortunado coronel Ramón Maza púsose al habla con varios oficiales subalternos del regimiento al mando de Granada, para concertar la revolución Maza, que la historia recuerda con su nombre, pretendiendo deshacer el águila en su nido, aplastando el naciente poder de Rozas.

Los oficiales Ortega fueron encargados de comprometer á teniente de tan bellas prendas como Villanueva; pero en esos días recibió uno de ellos orden de marchar urgentemente con oficios al Azul.

La revolución fué descubierta; de los Maza, el padre asesinado en la Cámara de que era presidente, el hijo fusilado; y de los dos tenientes Ortega, D. Manuel, prisionero posteriormente en la batalla del Quebracho, fusilado por orden de Rozas en la cárcel, y D. Rufino, con su compañero Lacasa, pudieron escapar ambos á uña de buen caballo.

Como el coronel Granada, Villanueva explicó después que él no había



sido hablado para la conspiración, y que por más deseos que hubiera tenido de volver sus armas contra el tirano, le había faltado ocasión.

Al poco tiempo recibió orden su regimiento de marchar para las provincias del interior, hallándose en todas ó la mayor parte de las batallas del ejército del Dictador, cuyo reguero de sangre fratricida no concluía en Jujuy. Granada, Flores, Pacheco, Oribe, lo recomiendan en sus *Partes* como un oficial distinguido.

Después de la batalla en «Rodeo del Medio» siguió á Mendoza, hasta cuyos primeros potreros llegó persiguiendo al más pequeño de los fugitivos, que resultó ser su hermano. Sin haberle reconocido:

—¡Párate, yo te salvaré!—gritaba el granadero.

Pero este hermano Pío, salvaje unitario hasta la muerte, bajito y pío de nombre y de carácter, fué derrotado siempre, y el reverso de su hermano, agigantado, benigno de nombre y de espíritu, federal neto y vencedor de profesión, aquí como en todas partes.

Cuando tras largos años de lucha el ejército de las provincias del interior regresó siguiendo con Oribe á su campamento de «El Cerrito,» iba el capitán Villanueva con las tropas que mandaba el general Pacheco.

Aprovechando la primera oportunidad, abandonó las banderas color de sangre, pasándose á la plaza de Montevideo, último baluarte de resistencia al tirano (por diez años sitiada). En el contacto de lucha diaria adquirió allí gran respeto por los generales Paz, Pacheco Obes, Garibaldi y oficiales subalternos que descollaron luego tanto como Mitre, Díaz, Conessa, sus camaradas, que como el coronel Morales le recordaron siempre con cariño.

No tardaron en suscitarse rivalidades entre argentinos y orientales, que vinieron á producir desacuerdos en los sitiados, como en todo tiempo en el partido unitario, y por ende el general Paz siguió por un caminito distante de Lamadrid, y la mayor parte de los oficiales argentinos embarcaron para formar ejército, en Corrientes unos, y otros con distintos rumbos.

Recuerda el general Paz en sus *Memorias* (y cuando éstas aparecieron figuraba ya Villanueva como general ruso en la guerra de Oriente), página 161, tomo IV, que le acompañó hasta después de la victoria de Caguazú. Precisamente en el campamento de su nombre se hallaba Villanueva (Corrientes) cuando Paz refiere su sensata observación sobre las tropas de Madariaga.

Volviendo de la primera revista, decía sonriendo el ayudante á su jefe:

—La instrucción de este ejército se parece á la de un hombre que hubiese aprendido aritmética sin saber leer ni escribir.

«El mayor Villanueva, joven de un talento muy despejado, tenía razón. Es el mismo que en la actual guerra de Oriente ha figurado como general de brigada en los ejércitos rusos,» agrega Paz, á quien á su vez elogiaba Garibaldi como el primer táctico que conoció en América.

Cuando terminó esa campaña, con otros oficiales tan decididos como él, pasó al Brasil, coincidiendo su arribo con los comisionados de Méjico, reclutando oficiales en prevención de inmediata invasión yanqui. Allí se dirigió, tomando servicio á las órdenes del general *Pierna de palo*, Santa Ana.

La defensa de la causa mejicana, campo de gloria para Bernabé de la Barra, Díaz y otros argentinos, fué también cosecha de laureles para don Benigno Villanueva.

Concluida la guerra, siguiendo este feliz predilecto de la fortuna los rayos luminosos de su estrella venturosa, pasó á California, donde hizo cierta fortuna, y después de algunos años, confiado en su suerte, se embarcó para Europa, ávido de más vasto escenario.

En España se hallaba dando fin á las últimas *mejicanas* en el juego y la guerra, carreras gemelas por lo peligrosas, cuando estallara la de Oriente. Sedito de gloria, su genio inquieto y vivaz fácilmente fué atraído á aquel Oriente, imán irresistible de poetas y aventureros, nacimiento de todas las evoluciones que han engrandecido la humanidad, y donde él preveía más inmediata su propia elevación.

Un momento no titubeó acerca del campo en que debiera formar, según la inclinación de sus aspiraciones. Los ingleses, franceses, turcos é italianos tenían por demás numerosa y experta oficialidad para pretender abrirse camino entre ellos. Mas preciso era dar caza á la fortuna, según se presentara la ocasión, calva señora cuyo único cabello quedaba siempre en manos de Villanueva, y aquélla no era la de costearse en tren expreso por propia cuenta hasta el imperio coloso que ejércitos de cuatro naciones rodeaban.

Por entonces, para alejar al general Prim de la corte, le inventaron sus émulos comisión, encargándole estudiar la guerra en los campamentos de los aliados.

—Esta es la mía—se dijo Villanueva;—y aunque sea de asistente, me prendo á la cola del caballo de intrépido catalán.

Un castizo poeta de nuestra tierra le facilitó el camino. Comunicado su deseo á los amigos de concurrir como oficial extranjero á guerra que tanto despertaba la ansiedad del mundo, D. Ventura de la Vega (porteño), el laureado poeta de la corte, le presentó á sus paisanos y amigos los generales Concha, oriundos de Córdoba del Tucumán. Amigos entonces y



camaradas de Prim, no les fué difícil que recibiera éste á Villanueva en su Estado mayor, como agregado entre sus ayudantes.

Pronto el bello carácter de Prim, generoso, abierto, franco, catador de valientes, se aficionó á él, y en todas partes fué éste bien acogido por su caballerosidad, su afable trato, su inteligencia y amables maneras, la pasmosa facilidad para hablar todos los idiomas, aunque ni el propio escribía correctamente; por sus excelentes prendas y atrayentes modales, como por su galantería y buen porte, convirtiéndose en el niño mimado de su jefe.

Acaso oculta afinidad de ideas atraía también á aquellos caracteres, y muchos de los conocimientos sobre Méjico, y su peculiar modo de guerrear, decidieron á Prim, cuando años más tarde se le confiara su expedición, á no avanzar en una guerra injusta, donde bien pronto tropezó con el cadalso el protegido de la Francia, infortunado Maximiliano.

### III

¡Partió!.... Recorrido había todos los campamentos de la alianza que como cinto de hierro formaban apeñuscados sobre las fronteras del imperio, vivaqueando muchos días con los oficiales españoles en el cuartel general de las tropas inglesas, italianas, turcas, y se dirigían al vivac de las tropas francesas, en el que Prim quería demorar más por sus numerosas relaciones.

Después de muchas vueltas y rodeos se atrevió Villanueva á confiar al general que el campamento de su porvenir lo veía enfrente; que él no creía del todo justa la agresión de tantas naciones contra una sola, contra los *pobrecitos rusos*, quienes no hacían mal á nadie muriéndose de frío prendidos desde lo alto del Polo; que se iba, como había aprendido de Don Quijote, á defender al más débil.

Recibían los rusos con brazos abiertos como á Providencia bienvenida á todos los oficiales que de cualquier extremo de la tierra llegaban á ofrecer sus servicios. Aventureros norteamericanos pululaban en las tropas moscovitas, y este alto y bizarro oficial, que manejaba tan bien el caballo como el inglés, siendo americano y hablando con tanta precisión de la Unión, lo tomaron sin duda por yanqui.

Bien pronto se distinguió en las descubiertas que con preferencia dirigía sobre el campamento francés, recordando desde Montevideo el descuido de estos soldados, aun en sus puestos de avanzada.

Poco después se hizo gran camarada del coronel Ponekkine, primo del célebre poeta ruso de ese nombre, en quien encontró el más decidido protector y del que, con el andar del tiempo, vino á heredar su regimiento y su viuda.

Borrascosa y dramática fué verdaderamente la vida de este soldado argentino en la campaña rusa por sus aventuras y peripecias. Escasos oficiales instruidos contaban los rusos, y en la caballería no tenían mejor fuerza que los cosacos. Aunque griegos y norteamericanos y alemanes, oficiales de todas las naciones filtrándose por las rendijas del círculo con que los ejércitos de la alianza pretendían aplastar al gran imperio, pululaban por los campamentos del czar, muy pocos expertos había en el manejo del lazo, las boleadoras y cuanto ardid y estrategia usaba la caballería que apareció en Tucumán.

El comandante Villanueva, intrépido como siempre y más osado que nunca, practicaba las emboscadas que en el Plata y Méjico le dieran tan buenos resultados en las sorpresas, con pequeños grupos de caballería ligera, y así enseñó á enlazar soldados y bolear bomberos ó espías, robándose centinelas perdidos en las escuchas.

Destinado á empresas las más difíciles y arriesgadas, donde como á uno de los oficiales de menos vinculaciones en el ejército se le mandaba á muerte segura, siempre triunfante, de buena en mejor fortuna, fué grado por grado ascendiendo en el escalafón y en la estimación de sus jefes hasta recomendársele especialmente en más de un parte.

Unos cuantos días antes de la toma de Malakoff se presentó á la tienda del general trayendo toda una ronda prisionera de las avanzadas francesas. En el transcurso de la guerra fueron muriendo varios de sus jefes inmediatos y él iba ascendiendo de uno á otro grado. Posteriormente, en una de las batallas más reñidas, cayó al frente del regimiento su superior, y tomando el mando le cubrió de brillantes hazañas por su hábil dirección.

Pero sus hechos gloriosos en el ejército ruso no se compendian en breve narración. Cuando terminó la guerra había ya obtenido el grado de general de caballería, y en 1857 el duque de Medinaceli, al llegar de embajador á la coronación del czar, destinado á morir del *mal de dinamita*, presenció como padrino el enlace de nuestro valiente compatriota: en la guerra, coronado por la victoria, y en las lides de amor por la bella viuda de su jefe, vástago de nobleza moscovita.

Cuentan que en esto cumplía especial encargo amparando viuda que se le recomendara la víspera de serlo; y no encontrando mejor medio, aporincuóselas; pero la verdad es que la hermosa rusa reunía en sí prendas bastantes á magnetizar al portador de fatal noticia y de los últimos consejos del moribundo, para que aun sin especial encargo pretendiera substituirle.

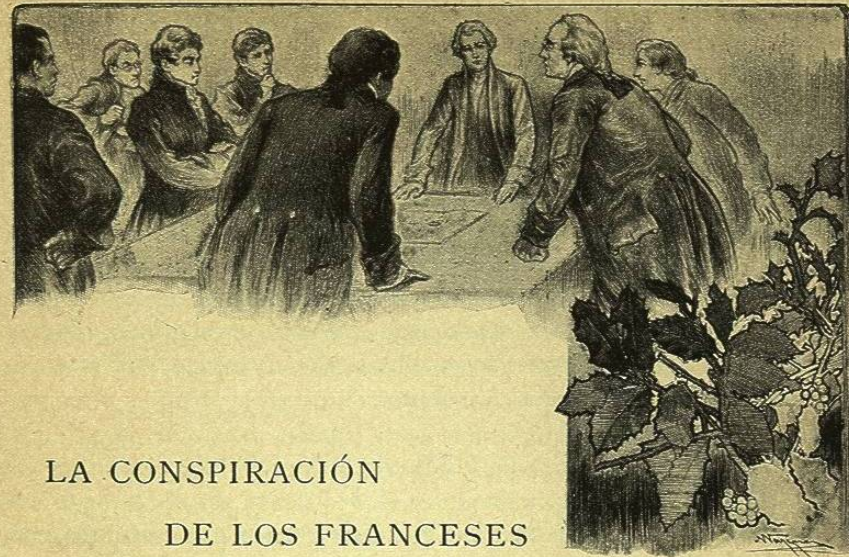
Al casarse con la viuda de su coronel, heredaba por título directo el



mando del primer regimiento de la división 31.<sup>a</sup> de caballería del imperio.

Las últimas noticias que del general Villanokoff recogimos en nuestro primer viaje á Rusia, treinta años ha, fueron de haber marchado hacia el Afghánistán en vísperas de la insurrección del Kan de Kiva.

Tal es compendiada á grandes rasgos la curiosa tradición de un soldado argentino cuyas hazañas le hicieron célebre en distintas regiones, tan distantes de la playa natal, donde esfumada entre lejanas brumas se desvanece su marcial figura.



## LA CONSPIRACIÓN

### DE LOS FRANCESES

#### I

Los franceses contemporáneos se enorgullecen de que ellos han enseñado la libertad al mundo, declarando los derechos del hombre bajo el lema *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, escrito en todos los muros de París, siquiera para conservar estas cosas escritas. Algo olvidadizos, no recuerdan que todas ellas les vinieron de América, que los tan decantados principios de 1789 ya se habían hecho carne, cantándose por plazas y calles con la libertad americana, repiqueteándolos la gran campana que llamó al pueblo á la Independencia en 1776, la misma que á su cumplesiglo tuvimos ocasión de besar en Filadelfia, reverenciada en la Casa de la Patria, y en cuya minúscula reproducción mojamos la pluma con que trazamos estas páginas.

Sin embargo de ponerse en duda si en esta capital del virreinato actuó la Inquisición, por más que el general Mitre acaba de obsequiar á nuestro celebrado numismático Rosa el mismísimo sello del Santo Oficio, relieve en hierro de fray Pedro de Arbués, gran Inquisidor, y agregar el historiador Domínguez que los instrumentos de tortura fueron mandados quemar en la plaza pública por manos del verdugo, no fué el Sr. Antonini el único que declaró haber recibido tormento. De una á otra referencia deducimos para nuestro coleteo, que, si no hubo Inquisición aquí permanente, fué porque el ensayo dió fiasco. Expresó, sí, su cariño la madre patria, enviándonos, después de los potros que descuartizaron al cacique Tupac-Amarú,